

vino hacia ella al galope de su caballo, blandiendo una enorme cachiporra. Al llegar a su lado frenó de golpe.

—¡Eres mi prisionera! — exclamó apeándose.

Alicia estaba asustada, pero temía más por él que por ella misma, y lo observaba ansiosa al verlo montar de nuevo. Así que se hubo acomodado otra vez en la silla, repitió:

—¡Eres mi...!

No pudo acabar. Otra vez fué interrumpido por el mismo grito de: «¡Eh! ¡Eh! ¡Jaque! ¡Jaque!»

Alicia volvióse sobresaltada, sorprendida ante el nuevo enemigo.

Era éste un caballero vestido de blanco, que frenó su caballo al lado de Alicia, y como lo hiciera el caballero rojo, también él desmontó. En seguida montó de nuevo y los dos caballeros, con airado gesto, cruzaron sus miradas.

Alicia los observaba con verdadero azoramiento.

—¡Es mi prisionera! — dijo una vez más el caballero rojo.

—¡Sí, pero yo vengo a rescatarla! — repuso el caballero blanco.

—Entonces nos la tendremos que disputar en una pelea — dijo el caballero rojo al tiempo que echaba mano de su celada, que pendía del arzón, y que era igual a la cabeza de un caballo.

—Espero que sigas las reglas del combate — observó el caballero blanco, colocándose a su vez la celada.

—Lo hago siempre — respondió el caballero rojo, y empezaron a golpearse con tal furia que Alicia tuvo que refugiarse detrás de un árbol, temerosa de que la alcanzara algún porrazo.

—¿Cuáles serán las reglas del combate — se preguntaba Alicia desde su escondite —. Una — prosiguió —

parece ser que cuando un caballo da un golpe, lo desmonta; y si falla otra, parece que consiste en agarrar con ambos brazos, como lo hacen los campesinos, qué ruido arman cuando caen las tenazas sobre la chimenea! ¡Y los caballos! Dejan que bajen y se caigan fueran tablas.

